

La gracia: fuente de todos los logros espirituales.

Crear en el Dios eternamente generoso.

Por Max Lucado

“La salvación es un asunto de Dios. La gracia es idea suya, obra suya, y gasto suyo. La ofrece a quien Él quiere, cuando quiere hacerlo. En este proceso, la obra que nos corresponde es darla a conocer a las personas, no investigarlas”.

“Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere del agua y del espíritu, no puede entrar en el reino de Dios”. Juan 3:5.

Es una realidad de la agricultura. Aun el suelo más fértil, si no recibe semilla, no da fruto.

Los fariseos enseñaban que la fe era un asunto exterior. La ropa que usabas, la forma en que te comportabas, el título que llevabas... Estos eran algunos de los elementos usados por los fariseos para medir la espiritualidad.

De haber sido agricultores, habrían tenido las tierras más atractivas de la región. De haber sido agricultores habrían pasado largas horas en la cafetería discutiendo la teoría de la agricultura.

Los fariseos sólo tenían un problema. Para la cantidad de discusiones que se llevaban a cabo acerca de las técnicas apropiadas, cosechaban muy pocos frutos. De hecho, un inculto hombre de galilea los ponía celosos, airados, altivos. La forma en que trataron con Él fue: ignorar sus resultados e insultar sus métodos.

Es decir, todos los fariseos excepto Nicodemo. Él estaba conmovido por lo que le veía hacer a Jesús. Se sentía atraído por el Carpintero, pero no podía ser visto con Él. No podía llegarse a Jesús siendo de día. De manera que se encuentra con Él de noche.

Nicodemo abre la conversación con cortesía: “Rabí, sabemos que has venido de Dios como Maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, sino está Dios con él”.

Jesús le resta importancia al elogio. “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios”.

Nada de cháchara. Nada de conversación vana. Directo al grano. Al corazón.

Jesús comienza a martillar: Al ciego no lo ayuda que incrementemos la luz, Nicodemo.

Al sordo no lo ayuda que levantemos el volumen de la música, Nicodemo. Decorar el exterior no modifica el interior, Nicodemo.

No se pueden obtener frutos sin semillas, Nicodemo.

Debes nacer de nuevo. ¡Tac, tac, tac...!

El encuentro de Jesús con Nicodemo fue más que un encuentro entre dos figuras religiosas. Fue un choque entre dos filosofías. Dos puntos de vista opuestos con respecto a la salvación.

Nicodemo pensaba que la persona hacía la obra; Jesús dice que Dios hace la obra. Nicodemo pensaba que era una permuta. Jesús dice que es un regalo. Nicodemo pensaba que al hombre le correspondía merecerlo. Jesús dice que al hombre le corresponde aceptarlo.

Legalismo o gracia. La salvación como pago basada en las obras realizadas, o la salvación como regalo basada en la muerte de Cristo.

El legalismo es un mundo oscuro.

Quizás usted no lo sabía. Tal vez esté leyendo con expresión perpleja.

El legalismo es una tortura lenta, asfixia el espíritu, amputa los sueños. El legalismo apenas provee la cantidad necesaria de religión para retenerle, pero no la suficiente para nutrirlo. De modo que está hambriento. Su dieta se compone de reglas y normas.

Me recuerda a un grupo del cual formaba parte. Tenía ocho años cuando integré un coro de niños. Nos reuníamos dos noches por semana durante dos horas. Vestíamos uniformes y cantábamos en recepciones. Hasta salíamos de gira.

Lo curioso es que nuestro instructor anteriormente había sido un sargento de instrucción en el ejército. Antes de dirigir un coro de niños había dirigido un campamento de entrenamiento. Cada noche durante los ensayos nos tomábamos un receso marchando. “Uno, dos, tres, cuatro...”. Al principio no cuestionaba la práctica. No tenía el valor para hacerlo. Por fin tomé coraje y pregunté: “¿Por qué hacemos esto?”. “No lo sé”. “¿Hacia dónde nos dirigimos?”. “No lo sé”.

Nadie lo sabía. Nadie sabía hacia donde nos dirigíamos y nadie sabía el por qué. Sólo sabíamos que si queríamos cantar debíamos marcar el paso. Así es el legalismo. Es rígido. Es uniforme. Es mecánico. Y no viene de Dios.

El legalismo no necesita a Dios. El legalismo es la búsqueda de la inocencia, no del perdón. Es un proceso sistemático de defensa, una explicación, una exaltación y justificación del yo.

Nicodemo sabía cómo marchar, pero anhelaba cantar. Sabía que había más, pero no sabía dónde encontrarlo, por eso fue a Jesús.

Fue de noche porque temía la desaprobación de sus semejantes. Uno se vuelve muy atento a lo que puedan decir o pensar los demás. El conformarse no es divertido, pero es seguro. El uniforme no es del talle apropiado, pero está aprobado.

El que tiene la osadía de explorar otra huella, debe hacerlo de noche, como Nicodemo.

Durante la conversación que Nicodemo tuvo con Jesús, sólo habla tres veces: una para elogiar y dos para preguntar. Luego de pasarse la vida pesando títulos de las Escrituras en la balanza de la lógica, el maestro de

la ley repentinamente queda en silencio mientras Jesús abre el portón y la luz de la gracia invade la catacumba.

Jesús comienza revelando el origen de la espiritualidad: “Lo que es nacido de la carne, carne es; lo que es nacido del Espíritu, Espíritu es”.

La vida espiritual no se da por el esfuerzo humano. Cada logro espiritual se crea y recibe la energía de Dios.

La espiritualidad, dice Jesús, viene del mismo cielo. Tales palabras deben haber hecho tambalear a Nicodemo. Pero Jesús recién empezaba.

“El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu”.

¿Alguna vez ha observado una tormenta de viento detenida al costado del camino intentando recuperar el aliento? El viento no busca nuestra ayuda. El viento ni siquiera revela su destino. Es silencioso e invisible al igual que el Espíritu.

Para esta altura Nicodemo ya está un poco nervioso. Tal luz resulta demasiado brillante para sus ojos.

La salvación es un asunto de Dios. La gracia es idea suya, obra suya, y gasto suyo. La ofrece a quien Él quiere, cuando quiere hacerlo. En este proceso, la obra que nos corresponde es darla a conocer a las personas, no investigarlas.

El rostro de Nicodemo debe haber sido un gran signo de interrogación.

¿Por qué haría Dios esto? ¿Qué cosa lo motivaría a ofrecer semejante regalo? Amor. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él crea, no se pierda, mas tenga vida eterna”.

“Todo aquel que cree puede tener vida eterna en él”, le dijo Jesús. ¿Podría ser tan generoso Dios? Aun en la oscuridad de la noche podía verse la sorpresa en el rostro de Nicodemo. “Todo aquel que cree puede tener vida eterna”. No “todo aquel que se esmera”. No “todo aquel que tiene éxito”. No “todo aquel que está de acuerdo”. Sino “todo aquel que cree”.

Note cómo Dios libera al legalista. Observe la tierna firmeza de su toque. Como un experto agricultor quitó con la pala el suelo endurecido hasta encontrar un sector fértil y allí plantó una semilla, una semilla de gracia. ¿Dio fruto? Lea lo que sigue y entérese.

“También Nicodemo, el que antes había visitado a Jesús de noche, vino trayendo un compuesto de mirra y de aloes como cien libras. Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas, según es costumbre sepultar entre los judíos”. Juan 19:39-40. Aquel que había venido de noche ahora aparece de día. El que se había deslizado al abrigo de las sombras para encontrarse con Jesús, ahora llega a la cruz para servir a Jesús. Y aquel que había recibido la semilla de la gracia, ahora planta la semilla que supera a todas. La semilla de la vida eterna.

Extraído de “Todavía remueve piedras”, de Max Lucado. 1994, Editorial Betania.